

DISCURSOS Y DOCUMENTOS

Discurso del presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, ante el Congreso de Estados Unidos de América

Mucho aprecio esta oportunidad de dirigirme al Congreso de Estados Unidos de América. A la casa de la representación ciudadana de esta gran nación, traigo un saludo del pueblo de México y el deseo de abrir un nuevo capítulo de respeto y de amistad en nuestras relaciones. Tenemos ánimo de intercambio, no sólo material sino también de ideas y culturas. Aspiramos a una cooperación más fructífera entre nuestros dos países y a una convivencia más armónica entre las naciones.

México no concibe su presencia en el mundo moderno como un hecho puramente económico, ni siquiera solamente político, sino como una afirmación cultural e histórica. Somos portadores de una experiencia que empalma civilizaciones indígenas milenarias, la herencia española y la fuerza del mestizaje. Nuestra nacionalidad costó la lucha y la sangre de generaciones. Por eso la apreciamos tanto. Soberanía, libertad y justicia nombran los tres grandes movimientos del pueblo mexicano: Independencia en 1810, Reforma en 1857 y Revolución en 1910. De ahí proviene nuestro orgullo y de ahí nace nuestra fortaleza moral para encarar el futuro.

Hoy el mundo abandona los discursos absolutos y las tentaciones totalitarias. México participa en él con su enorme riqueza cultural y con la singularidad de su historia. Quienes buscan uniformidad en el mundo actual no saben lo que hemos aprendido los mexicanos: la presencia viva de herencias tan diversas, pero en nosotros unidas, las cosmogonías indígenas, el humanismo del Mediterráneo antiguo, la energía creadora del Renacimiento, la fe progresista de la ilustración y el espíritu crítico de la modernidad. Todo ello está actuando en nuestra pintura y poesía, en nuestra música y arquitectura, en nuestra universidades y museos, en nuestras comunidades y ciudades. Es sencillamente, nuestro estilo de vida.

Nuestra cultura nos dice que hay muchas maneras, no una sola, de ser hombres y mujeres creativos y libres. Nuestra historia es permanente conciencia de soberanía en un mundo interdependiente. Nos demanda ser leales a las tradiciones para participar, provechosamente, en los acelerados cambios de la modernidad. Vivimos en un mundo casi sin distancias, en el instante presente: eso es inevitable. Pero creemos que la auténtica interdependencia ocurre sólo entre naciones independientes.

Un nuevo mundo nos espera en el umbral del siglo XXI, abierto a la audacia de la imaginación. Se está superando el bipolarismo y se aleja el espectro de la guerra. Asistimos al veloz incremento de la comunicación entre los pueblos. La revolución tecnológica nos abre nuevas perspectivas de de-

sarrollo. México suma sus aspiraciones a las de muchos pueblos que ven, en el siglo venidero, un horizonte de liberación material y espiritual. A ese nuevo mundo los mexicanos le decimos: nuestra esperanza es lúcida y nuestra participación generosa. Con esa conciencia, amigos congresistas, acudo a este honorable recinto, portador del deseo de hombres y de mujeres de buena fe para inaugurar una era de nueva amistad.

Ha llegado el momento de construir una nueva relación a salvo de mitos y desconfianza, de abusos y recriminaciones; una relación de diálogo permanente entre nuestras naciones, respetuosa de las diferencias que nos constituyen, imaginación para encontrar la cooperación que nos beneficie, inspirada en los ideales de democracia justicia y libertad que compartimos. El propósito de mi país es hacer de esta nueva relación un proceso respetuoso y maduro, valioso y útil a la vez.

Es tiempo ya de reconocer, desapasionadamente, con objetividad, que todo lo que afecta a uno, pronto repercute en el otro, que los problemas de un lado de la frontera impactan la vida y el bienestar de la gente que habita del otro lado. Como en toda relación fronteriza, pero sobre todo en ésta tan desigual, es natural que existan diferencias. Sin embargo, es hora ya de aceptar que, por encima de ellas, existen muchas coincidencias para trabajar juntos.

La fortaleza de nuestra nación, el vigor de nuestra cultura y el deseo de participar con pleno derecho en la gran transformación mundial en marcha, nos permite plantear esta nueva relación sin temores ni desconfianza, sin cortapisas ni titubeos.

Ese es, en esencia, el espíritu que ha prevalecido en los encuentros que he tenido con el presidente Bush. En ellos, se ha establecido un clima positivo y cordial. Expresa el nuevo contenido de las relaciones entre nuestros respectivos gobiernos. Ese ha sido también el espíritu entre congresistas de México y de la Unión Americana. La reciente reunión interparlamentaria así lo acredita. Lo que hoy se da entre gobiernos es tan sólo signo evidente de una trama de relaciones más profunda en la vida diaria entre nuestros pueblos. Es nuestra tarea aprender de ellos, alentar y estimular nuestro acercamiento.

Amigos congresistas: todas las naciones tenemos compromisos de cambio, cambio que lleva una esperanza de libertad y justicia. Todos tenemos la obligación y el deber moral de apoyarlo. La grandeza de esta nación ha sido su espíritu de trabajo y su compromiso con la libertad. Hoy, al experimentar una expansión económica sin precedente, puede enriquecer la cooperación y la solidaridad con otros

pueblos, amantes del trabajo, de la libertad y de la justicia.

El tema que más se debate hoy en México es la modernización; México vive por sus principios, pero no tiene dogmas. Nosotros vemos hoy el mundo con una mirada diferente. Domina en México un nuevo espíritu y un nuevo optimismo. Es la fe en el futuro la que nos mueve a emprender reformas profundas en el ámbito de la economía, de la política y de la sociedad. Lo hacemos por decisión soberana. Eso es lo que nosotros queremos: decidir, con autonomía, la dirección de nuestro propio camino. En la sentencia de Lincoln: "Si hay algo que es deber de todo pueblo, es no dejar jamás en otras manos que las suyas propias la preservación y perpetuación de sus propias libertades e instituciones.

Estamos dispuestos a cambiar porque queremos conservar lo que más nos interesa: la libertad, y porque queremos alcanzar lo que más nos urge: la justicia. México es un país unido y vive en un régimen de derecho. Gozamos de estabilidad y de paz social. Nuestro sistema político es cada vez más plural.

Somos una nación con principios, capaz de promover relaciones de respeto y de cooperación con otros países. Nuestra sólida vida institucional es nuestro principal patrimonio político. Es la que permite introducir los cambios que la sociedad mexicana contemporánea, más abierta, compleja y plural, está demandando.

México se transforma precisamente para conservar su unidad y su estabilidad nacionales. Los mexicanos no queremos un cambio que vaya en contra de nuestras raíces o que sea motivo de discordia y de disputa entre nosotros mismos. Cambiamos para fortalecernos, para cumplir con los fines que hemos construido en la historia: para que individuos y familias, comunidades y pueblos, tengan oportunidades de bienestar. La modernización es para ampliar la justicia social en nuestro país: sólo así podremos asegurar nuestra democracia y el crecimiento sostenido de la economía. Sólo así preservaremos nuestras instituciones y libertades.

El reto de mi país es enorme. A los rezagos acumulados, se ha agregado casi una década de estancamiento económico, y una caída del 50% en los niveles de vida de la población. Mi nación tiene la exigencia de satisfacer las demandas de 85 millones de mexicanos. A pesar de la caída en el incremento demográfico, se sumarán 10 millones más en los próximos cinco años. Esto significa necesidad de más alimentación, servicios urbanos, vivienda, educación, un medio ambiente limpio, modos honestos de vida. Un millón de jóvenes se incorporará, cada año, al mercado de trabajo. Jóvenes que aspiran a un empleo digno y a un futuro cierto.

En los últimos siete años, los mexicanos hemos hecho enormes sacrificios. En ese lapso no contamos con flujos externos de financiamiento; se desplomó el ingreso petrolero, en un monto equivalente al 6% del producto interno bruto; los términos de nuestro intercambio evolucionaron negativamente, el excesivo endeudamiento se tornó en una de las más significativas trabas al desarrollo; sufrimos terremotos devastadores y calamidades naturales.

Frente a este reto extraordinario aplicamos a fondo, con disciplina, una estrategia económica congruente, para atacar las causas de la crisis y para respetar el crecimiento. Se puso a prueba y se ha acreditado la solidez de nuestras instituciones políticas, la reciedumbre de nuestro pueblo. Se ha pagado un costo muy alto: por eso, nuestro compromiso fundamental es la seriedad de nuestra política.

México ha saneado sus finanzas públicas con un esfuerzo equivalente, en relación al producto interno bruto, a más de tres veces el tamaño de la enmienda Gramm-Rudman. Hemos pasado de una inflación de casi 200% en 1987, a 17 por ciento en este año. La recuperación económica está en marcha, y este año creceremos por arriba de la dinámica demográfica. La acción del gobierno es más ágil y eficaz. Hoy tenemos una economía abierta y orientada hacia la exportación. Las empresas privadas tienen una considerable fortaleza financiera. La planta productiva es más eficiente y está en mejores condiciones para enfrentar la sana competencia externa.

Esta estrategia incluyó también la privatización de actividades que antes casi se consideraban tabú; la desregulación de áreas completas de la actividad económica, como los transportes y las telecomunicaciones; la revisión a fondo de la política de subsidios, para eliminar todos aquellos que ocultaban ineficiencias y hasta corrupción; una nueva reglamentación de la inversión extranjera que elimina trabas burocráticas, introduce automaticidad y transparencia y da mayor seguridad jurídica, y un proceso de apertura comercial que hace hoy a México una de las naciones más abiertas en el mundo, con un beneficio directo para nuestros habitantes.

Este esfuerzo, compartido por la gran mayoría de los mexicanos, nos otorgó razón moral y fortaleza para renegociar la deuda externa con la banca internacional. Por ello, siempre preferimos la firme negociación a la confrontación unilateral. El arreglo alcanzado es satisfactorio. La reducción del saldo de la deuda, el abatimiento de las tasas de interés y la disponibilidad de recursos frescos sobre una base multi-anual, son tres opciones que permiten reducir la transferencia de recursos al exterior y dar así certidumbre a los inversionistas y permanencia a la recuperación económica.

El valor de la renegociación de la deuda externa no sólo se mide por su contribución directa a la balanza de pagos. Sus efectos adicionales, cualitativos y dinámicos sobre la confianza interna, la repatriación de capitales, que en lo que va del año alcanza 2 mil 500 millones de dólares, y la inversión extranjera, son del arreglo, las tasas de interés domésticas cayeron 20 puntos, lo que significa un ahorro equivalente a 10 mil millones de dólares en el servicio de la deuda pública interna.

Sabemos que el arreglo de la deuda externa no hace desaparecer los problemas internos —esos sólo se resuelven con trabajo y más trabajo—, pero mi país está en una mejor posición para que su esfuerzo rinda más y permita reiniciar el crecimiento sin inflación.

Sea ésta la ocasión para expresar al gobierno y al Congreso de Estados Unidos mi reconocimiento personal y el de mis compatriotas por la comprensión y la solidaridad demostrada en el importante capítulo de la renegociación de la deuda externa.

A los cambios en la economía han correspondido, en las instituciones políticas, cambios que son necesarios para fortalecer nuestra vida democrática. Así como la libertad no florece en el estacionamiento, el desarrollo no es permanente si no se apoya en la energía, en la vitalidad y en la participación de los pueblos. El futuro de toda sociedad, hoy, por necesidad, tiene que ser democrático. La democracia es necesaria para promover el crecimiento económico y satisfacer el bienestar social.

Para nosotros, como para cualquier sociedad moderna, la democracia se inicia con el respeto irrestricto a la voluntad del ciudadano; se da en condiciones de apego a la ley y exige un ejercicio responsable de la autoridad. La democracia mexicana se ha venido fortaleciendo, recogiendo la mayor pluralidad social existente, mediante un debate público más abierto, una vida de partidos más intensa, elecciones más competitivas. Se consolidan las condiciones que dan seguridad al ciudadano en el ejercicio de sus libertades y derechos, las de paz social y estabilidad, las de respeto y difusión de las ideas y las de trato civilizado en la competencia política. Pero la democracia no se agota ahí. Para ser plena requiere de condiciones materiales y de justicia social que garanticen igualdad de oportunidades para todos.

Para ello, México tiene que crecer, crear empleo bien pagado y forjar un nuevo espíritu de solidaridad. Una economía sana y una capacidad más amplia de hacer política son instrumentos para construir un horizonte amplio y prometedor de oportunidades para los mexicanos. El bienestar del pueblo es el propósito superior de mi gobierno. Es por ello que hemos emprendido una lucha frontal contra la pobreza extrema por medio de un Programa Nacional de Solidaridad, cuyo objetivo es atender las demandas sociales de los grupos más pobres e impulsar su plena incorporación a los beneficios del progreso. En México hoy el gobierno trabaja más para los que menos tienen.

En este espíritu de transformación interna fundamos nuestra relación con el resto del mundo. La convivencia, entre nosotros y con otras naciones de la Tierra, tiene como base el respeto al derecho ajeno. Esta es la lección que nos legó Benito Juárez. México, por eso, es leal a los principios que rigen su convivencia con el resto del mundo; autodeterminación de los pueblos y no intervención; cooperación y solidaridad entre naciones; convivencia pacífica para un desarrollo creciente que se traduzca en más y mejor libertad y más calidad de vida para todos. Estos son los ideales que, estoy seguro, comparten nuestras sociedades.

México desea para Centroamérica la restauración de la paz, la consolidación de la democracia y el reinicio del desarrollo. Acompañamos, en ello el deseo de los pueblos de la región. Centroamérica registra hoy la tasa más elevada de expansión demográfica, pero atraviesa por una profunda recesión económica; se requiere el crecimiento y la generación de empleos para limitar las migraciones hacia el sur de México o su tránsito hacia Estados Unidos. El ambiente internacional de distensión, el agotamiento por los años de guerra, la desesperación por el deterioro económico, la satez de los pueblos y la actual voluntad política de los gobiernos han creado una nueva dinámica de diálogo y de reconciliación. Los mismos países centroamericanos están tomando plenamente entre sus manos su propio destino, fijándose compromisos, tiempos y responsabilidades. Alentamos ese proceso, sin pretender mediar desde afuera.

De igual forma, en Panamá, respetamos los derechos soberanos de esa nación y la vigencia de los Tratados del Canal, pero distinguimos la defensa de esos principios del apoyo a quienes se han transformado en obstáculo al avance democrático de su pueblo.

Tenemos relaciones prioritarias con América Latina: a ella nos unen orígenes y sensibilidades comunes. Frágiles aún por la dureza de la crisis económica y por el despertar de enormes exigencias sociales, las democracias de la re-

gión se debaten para promover bienestar y no pobreza. En ellas están las esperanzas de millones. Con todo, anticipamos mejores perspectivas para las democracias de nuestro hemisferio.

Hay un nuevo realismo entre todos. Surgen nuevas oportunidades de diálogo entre América Latina y Estados Unidos. El Plan Brady abre un marco prometedor para la solución ordenada del problema de la deuda, y un principio de esperanza para la región: ello fortalecerá la viabilidad social de políticas económicas conducentes a la estabilidad financiera y al cambio estructural. Hay un relevo democrático en muchos de los países latinoamericanos en los próximos dos años. El momento es delicado, pero también amplio en oportunidades y convergencias. México busca el acuerdo con los demás países del Grupo de Río. El mundo y el hemisferio se beneficiarán con una América Latina próspera, estable y democrática. Una voz latinoamericana unida, clara y constructiva no es una llamada a la confrontación, sino el mejor camino para una interlocución productiva y eficaz en los problemas comunes que a todos atañen.

Con el resto del mundo, México promueve la cooperación y la amistad. Buscamos una nueva e intensa relación comercial, de inversiones y de transferencia de tecnología, con una Europa integrada y con la Cuenca del Pacífico. Somos una sociedad soberana, abierta y participativa en los cambios mundiales.

Amigos congresistas:

Cuatro temas dominan hoy la agenda de nuestra relación bilateral: comercio, migración, drogas y medio ambiente.

El comercio es el área más promisoría para dar contenido a la nueva era de amistad bilateral. Para que la modernización económica en México sea permanente debemos crecer: pero el crecimiento necesita un acceso más amplio y más seguro al mercado más grande del mundo, el de Estados Unidos. Contamos ya con el marco jurídico apropiado en el que se establecen los principios y los procedimientos de consulta sobre las relaciones de comercio e inversión entre nuestros países. La intensidad y la variedad de los intercambios hacían imprescindible un acuerdo de esta naturaleza. México es el tercer mercado de exportación de Estados Unidos, lo cual significa una importante generación de empleos para los norteamericanos. Nosotros realizamos con ustedes el 65% de nuestro comercio. El intercambio alcanza ya cerca de los 45 mil millones de dólares. Sin embargo, la presencia de los productos mexicanos en el mercado norteamericano es todavía insuficiente.

Para asegurar que México siga siendo una de las economías más abiertas a nivel internacional necesitamos mayor reciprocidad. En un marco de entendimiento y de cooperación, no deberían tener cabida barreras diferentes a las arancelarias que imposibilitan o entorpecen el libre flujo de mercancías entre Estados Unidos y México. Nuestro país prácticamente ya no las tiene: sin embargo, las seguimos enfrentando en Estados Unidos. Resolvamos esta inequitativa paradoja. Promovemos un mayor acceso al mercado textil, siderúrgico y al Sistema Generalizado de Preferencias. Deseamos un acuerdo bilateral que, sector por sector, abata las barreras al comercio. Deseamos una actitud positiva hacia la consolidación de una industria maquiladora dinámica. Yo creo que ustedes, amigos congresistas, podrían con-

tribuir a fortalecer la relación comercial entre nuestros países. Entre vecinos, el trato recíproco y equitativo hace duraderas las amistades, crea un ambiente de confianza y estimula la solidaridad y el acercamiento. El Congreso Norteamericano sabe que está en el interés de su pueblo una economía mexicana en crecimiento, dinámica, abierta a las exportaciones de su país y con amplio acceso de sus productos al consumidor estadounidense.

La migración de trabajadores mexicanos a Estados Unidos es una dura realidad. Estos movimientos poblacionales satisfacen una demanda generada por la actividad productiva que se da en los estados fronterizos de la Unión Americana, pero también obedecen a la compleja situación económica por la que atraviesa México. La ausencia de crecimiento se refleja, como es natural, en la escasez de empleos y de oportunidades de trabajo. Un acuerdo de comercio permitiría que, al haber más crecimiento en mi país, los mexicanos encuentren empleo en México y no lo busquen en Estados Unidos.

Desechemos mitos: los trabajadores mexicanos no desplazan a nadie; trabajan con eficiencia y dignidad por un sueldo en muchos casos menor al del mercado, cubriendo plazas de trabajo que no ocupan ciudadanos estadounidenses. México no ignora su responsabilidad. Cumpliremos el día en que los hijos de nuestra patria encuentren, en el territorio que les pertenece, ese bienestar que merecen y que buscan cuando van al otro lado. Sin embargo, no entendemos que el "sueño americano" sea áspero para los inmigrantes mexicanos que han decidido compartirlo y que se desaproveche el potencial productivo y cultural de una comunidad mexicano-norteamericana que se incrementa incesantemente para bien de Estados Unidos y, sin duda, de la relación bilateral. Ellos buscan superarse por la vía de la educación y cumplen con la ley con lo que prestigian a su país de origen. La ley debe protegerlos y evitar su discriminación. En todos los casos, el abuso y la explotación a los trabajadores mexicanos es intolerable.

La migración es un problema que tiene que ver no sólo con causas económicas o legales. Se trata de un problema de elemental dignidad humana al que hay que enfrentar de manera realista. La legislación estadounidense actual ha servido para regularizar la situación de muchos trabajadores indocumentados, pero no ha alterado su dinámica fundamental.

Durante los próximos años se puede anticipar en Estados Unidos un incremento en la demanda de fuerza de trabajo en aquellos empleos y regiones que tradicionalmente han contratado y seguirán contratando a trabajadores mexicanos. La solución de fondo debe basarse en un entendimiento político de largo alcance. Con pragmatismo y visión de futuro debemos considerar la viabilidad de nuevos mecanismos, que podrían incluir la participación de las organizaciones de trabajadores y de los gobiernos estatales de ambos lados de la frontera para satisfacer la demanda laboral en Estados Unidos, para proteger derechos humanos y laborales y para acabar con la red de corrupción e ilegalidad que engloba la migración de mis compatriotas.

México se propone acabar, de raíz, con el narcotráfico en el ámbito que nos corresponde. Esta lucha del mundo es también nuestra lucha. Hemos remontado la época de culpabilidades ajenas y recriminaciones recíprocas entre países productores, de tránsito y consumidores que, en lugar

de atender al enemigo común, dispersaban tiempos y esfuerzos. Hoy existe una comprensión madura y responsable acerca de las vinculaciones de la cadena del terror que son las drogas. En Estados Unidos se acepta, más plenamente, la importancia de combatir el consumo y la distribución. Reconozco el valor del presidente Bush por ampliar la comprensión del problema de las drogas y su interés por sumar aliados en la lucha contra el narcotráfico.

En México afirmamos ahora que el narcotráfico es una amenaza a la soberanía nacional y a la seguridad del Estado: en nuestro país, como en el resto de las naciones, lo que toca lo corrompe. México ve en su combate definitivo un asunto de seguridad nacional, una preocupación por la salud de los jóvenes mexicanos y un acto de solidaridad con la comunidad de naciones. Por eso, es indispensable una mayor cooperación entre gobiernos. Cooperaremos, pero la responsabilidad de la lucha en nuestro territorio es exclusiva de los mexicanos y, por ello, en nuestro suelo no habrá operaciones militares conjuntas. Pero estamos demostrando que la coordinación y la cooperación son eficaces en materia de información y de evaluación. Podemos también conjuntamente hacer más efectiva la aplicación del derecho y atacar el lavado de dinero.

En los últimos meses hemos decomisado 22 toneladas de cocaína base que, una vez cortada, alcanzaría un precio en las calles de Nueva York de 30 mil millones de dólares, esto representa más de un tercio del consumo norteamericano de esta droga. Este decomiso es equivalente a la mitad de estupefacientes confiscados en los últimos diez años. La destrucción de 6 mil hectáreas de marihuana y amapola, sumada a otros decomisos de estas sustancias, han impedido la distribución y el consumo de 2 mil 500 millones de cigarrillos de marihuana y de mil 130 millones de dosis de heroína. A estas acciones han seguido el desmembramiento de 153 organizaciones delictivas y la aprehensión de ocho mil personas, entre ellas los más grandes traficantes y productores de droga en el país. Hemos incautado bienes y propiedades a narcotraficantes y distribuido a campesinos ranchos con una superficie superior a las 50 mil hectáreas. Para alcanzar estos resultados, además de la decisión política, hemos incrementado sustancialmente los recursos presupuestales para combatir la droga, los cuales casi se triplicaron respecto del año pasado. La mitad de los recursos de la Procuraduría y la tercera parte de los del ejército se dedican al combate de drogas. Hemos elevado penas y sanciones. Hemos ratificado la Convención de Viena y tenemos una presencia activa en los foros internacionales. Es tan amplio el campo en que pueden intervenir los narcotraficantes, y tan intensa la lucha actual del gobierno que, al investigar un decomiso, recuperamos las piezas arqueológicas de extraordinario valor, robadas en 1985 a nuestro Museo Nacional de Antropología.

El éxito del esfuerzo de nuestras instituciones en el combate al narcotráfico, incluso a costa de la vida de muchos de sus miembros, nos es muestra meramente de orgullo y de satisfacción. Lo digo aquí, como muestra de inquietud y preocupación. Al ver las dimensiones de la batalla contra las drogas debemos preguntarnos con honestidad: ¿estamos ganando o perdiendo la guerra?

Creo que, a nivel mundial, vamos perdiendo y esto es inaceptable. Más cooperación, más eficacia en cada territorio pero, sobre todo, más firmeza —estoy seguro—, pondrán

fin a esta terrible plaga de la época moderna.

En la defensa del medio ambiente, México tiene un compromiso que comparte con Estados Unidos y con el mundo entero, pues es una causa humanitaria de orden universal. Al superar el problema del endeudamiento excesivo hemos contado con mayores márgenes de acción para traducir en los hechos la nueva prioridad que le damos a la cuestión ecológica. Primero, en nuestras fronteras, para controlar y revertir la contaminación del aire, del agua y del suelo eliminando así una causa de insalubridad y de irritación para los habitantes de la región. Segundo, para combatir problemas que han alcanzado un orden planetario, como el efecto invernadero y la destrucción de la capa de ozono. Luego, para atacar frontalmente la situación de la ciudad de México, la más poblada y la más contaminada del mundo, son importantes para ello la experiencia y las tecnologías que Estados Unidos ha desarrollado ante problemas semejantes de transporte, de tratamiento de aguas y de manejo de residuos. Finalmente, para preservar la enorme riqueza de nuestra flora y fauna, los bosques tropicales, los ríos y las lagunas, que son un patrimonio de los mexicanos del que disfruta también toda la humanidad. Nos proponemos actuar, y hacerlo decididamente, para proteger el medio ambiente, y apoyaremos todas las iniciativas internacionales que lleven a una decidida cooperación en favor de la ecología del mundo.

Señores congresistas:

En este Congreso, hace ya más de 200 años, la más moderna e ilustrada de las asambleas de la época vertió la promesa para la posteridad de que, en esta tierra, todo hombre nace libre y se organiza para su felicidad. En esencia, es una marca que ha dado perfil al alma norteamericana. Es el alma de la gente común, y por eso grandiosa, del pueblo amante de sus derechos, sensible al dolor humano y al pre-

dicamento de la libertad; del pueblo ingenioso y creativo, explorador de la asociación humana, aliado de los más altos valores de la humanidad.

El pueblo mexicano reconoce estas virtudes, porque a su vez él las detenta, en una rica y heroica historia de valor, de amor a la libertad y de una singular sensibilidad a la justicia y a la belleza. Entre nuestros pueblos esta es la verdad que cuenta, la verdad que nos une y la que debe prevalecer aunque, en ocasiones, nuestras organizaciones políticas y sociales parezcan no entenderlo.

Es el tiempo de dar a los hombres y a las mujeres de nuestras naciones el lugar que merecen en el imperio de la justicia. Es el espíritu de la nueva amistad que cesa de ver en el otro el problema. Ahora es el espíritu que se ve, con el otro, los problemas concretos a resolver, pronto y bien, porque el bienestar humano es más importante. Es el espíritu de los padres fundadores de esta gran nación. Es la lección que nos heredaron los hombres que construyeron a México.

Esta es la esencia de una nueva amistad que aguarda impregnar cada ámbito de contacto entre México y Estados Unidos de América. En nuestras manos queda que no sean meras palabras. Contamos con dos pueblos vigorosos, con orgullo de su pasado y con la vitalidad para construir soberanamente su futuro; deseosos de hablar directo y de actuar verazmente, y también con cordialidad.

El mayor privilegio de libertad no es eliminar las discrepancias que su ejercicio conlleva. Es la infinita capacidad de aprender lo que la destaca como la más humana de las virtudes sociales. Donde no resuelve, respeta y aprende a vivir con el reconocimiento de la libertad ajena. Este, y no otro, es el espíritu que prevalece al inicio de esta nueva era en nuestras relaciones: era de la nueva cooperación y de la amistad.

Washington, D.C., 4 de octubre de 1989.